

EL BARRIO QUE PALPITA EN LAS CENIZAS DEL FÉNIX

Ana vive hace diecinueve años en un complejo del Banco Hipotecario en la calle Rondeau, entre Panamá y Colombia. A un par de cuadras se alza lo que algunos llaman el monumento al derroche y otros la Torre de ANTEL. Es una de las pocas evidencias de que alguna vez se implementó el Plan Fénix, un plan que comenzó con impulso pero que parece haber sido olvidado por las autoridades luego de que se acabaron los fondos para recuperar y potenciar la zona de La Aguada.

“Los vecinos teníamos la expectativa de que iba a cambiar la fisonomía del barrio”, dice Ana, quien escuchó las promesas del Plan hace ya varios años. “Pensábamos que con esto se iba a repoblar bastante.” Pero hoy en día siguen en pie las mismas barracas cerradas; algunas albergan industrias, muchas están decrepitas y vacías. En otros tiempos, esos grandes galpones supieron ser depósitos de lana. La mayoría fueron construidos a principios del siglo pasado y ahora se encuentran en un estado de lamentable abandono.

El Plan Fénix estaba diseñado para revitalizar este barrio portuario tan cercano al centro de la ciudad. El Banco Hipotecario del Uruguay era la autoridad que lo debía llevar a cabo, construyendo edificios de apartamentos de buen nivel que lograrían repoblar la zona. Entre otras cosas se propuso construir una nueva terminal de trenes, y convertir la Estación General Artigas en un centro cultural, comercial y de exposiciones, a la vez que se recuperaría la importancia patrimonial del edificio. Se iniciaron las obras de seis complejos del BHU, se erigió la polémica Torre de las Comunicaciones y se construyó la nueva terminal férrea de pasajeros. Y se acabó el dinero. El fénix murió sin resurgir de sus propias cenizas.

¿Por qué falló el Plan? Hay varias explicaciones. Como dice Juan, un comerciante de la Aguada, “Se lanzó el Plan Fénix sin haber comprado terrenos, entonces cuando se supo que iban a comprar para construir en el barrio, todo subió de precio”. Al surgir la propuesta del BHU, los terrenos y propiedades aumentaron de valor. Por los costos más altos, se compraron menos terrenos. Algunas obras quedaron a medio hacer cuando no hubo más financiación. Otras, pocas, siguen en marcha y están por concluirse. Son torres muy blancas, modernas y atractivas, pero están aisladas entre depósitos, industrias, casas antiguas y pensiones en las que se hacen familias por exorbitantes alquileres. Se critica que los apartamentos, que son cerca de cien por torre, están apuntados a otro tipo de público, de nivel socioeconómico alto, que no es probable que venga a ocuparlos. Por último, se esperaba que con el impulso del Plan Fénix aparecieran inversores privados que hoy brillan por su ausencia.

Ana forma parte del Grupo de Participación Social Aguada (GPSA), una comisión de vecinos preocupados por su barrio que decidieron poner manos a la obra. Se unieron hace más de un año porque comparten las mismas necesidades y quieren ver una Aguada distinta. Decidieron que no es una motivación política la que tienen, sino que buscan “pasar por encima lo partidario para trabajar lo vecinal”. No están solos. Los apoyan algunas empresas, institutos, colegios y parroquias, que les prestan sus locales para reuniones, donan alimentos para movidas solidarias y promueven sus actividades “para no dejar la calle vacía y que la gente no se quede puertas adentro”.

La preocupación que actualmente está primera en la lista de este organismo tiene que ver con el medio ambiente. Existen algunas industrias, principalmente la empresa

pesquera “Fripur” y el frigorífico “Arbiza”, que están extendiéndose de manera que afectan gravemente la convivencia con los vecinos. No sólo causan serios disturbios de tránsito, episodios de mal olor y polución sonora, sino que además han habido peligrosos escapes de amoníaco en repetidas ocasiones. También han comprado terrenos y comenzado a construir sin los permisos necesarios, y la Intendencia se los ha tenido que dar casi de forma obligada. GPSA ha formado una comisión especial para dialogar con “Fripur” y “Arbiza”, reivindicando que la Intendencia propone a la zona de La Aguada como zona residencial, por lo tanto las empresas deben lograr la convivencia con los vecinos o trasladarse a ubicaciones de carácter más industrial.

Lo que necesita este barrio son viviendas. Lo sabe todo el mundo. Muchos de sus habitantes se han ido hacia la periferia, la mayoría debido a dificultades económicas, y el área se ha ido vaciando y deteriorando. Para revitalizarlo se deben construir y reciclar viviendas, de lo contrario este histórico barrio montevideano seguirá empobrecido en gente y en arquitectura. Por eso se ha formado, a instancias de GPSA, una cooperativa de vivienda que ya está funcionando de forma autónoma asesorada por la Federación Uruguaya de Cooperativas de Vivienda por Ayuda Mutua (FUCVAM). Los interesados en adquirir terrenos ven a La Aguada como “un barrio que tiene todo para repoblarse”. Este pedazo de ciudad se encuentra en una ubicación privilegiada, entre el centro y el puerto, tiene todos los servicios, una identidad propia y un gran atractivo turístico muy poco potenciado.

Sin embargo, La Aguada también es el reino de la incertidumbre. Se anuncian proyectos de crear una zona franca próxima a la Torre de ANTEL. Aunque a los vecinos se les promete que será exclusivamente de servicios, se teme que distorsione la dinámica del barrio. Algunos piensan que otro edificio alto al lado de la Torre de las Telecomunicaciones solo opacaría a la mole de más de cien millones de dólares que ya domina la bahía. Otros, como una vecina que siempre se para de espaldas a la torre diciendo “no la puedo ver”, no soportarían tener dos edificios gigantes obstruyendo su panorama del puerto.

Pero es el puerto la fuente de toda esa inseguridad en cuanto a qué va a pasar con La Aguada. El puerto crece, crece y crece. Y ya no se sabe hacia qué lado va a seguir creciendo. Puede avanzar ganándole terreno al mar, o puede avanzar rompiendo el cerco en que lo encierra la Rambla, hacia La Aguada. La gran pregunta es si llegado el momento se va a proteger el interés de los vecinos de mantener la zona lo más residencial posible, o si se va a ceder a la expansión portuaria, con todos los cambios que eso implicaría.

Mientras tanto, La Aguada sigue respirando. Tal vez a simple vista no tenga muchos habitantes. Tal vez la mayoría de sus fachadas no sean modernas ni estén bien mantenidas. Tal vez los edificios que merecen llamarse históricos no merezcan el deterioro que los carcome. Pero si se observa con cuidado, hay pequeños puntos de luz dentro de este barrio en sombras. Algunos vecinos aún tienen la fuerza para luchar por él. Mientras eso ocurra, La Aguada seguirá con vida.